APROXIMACION CRONOLOGICA A LA OBRA DE JOSE PLA

POR

ALBERT MANENT

Nacimiento y autorretrato de un escritor

José Pla y Casadevall ha sido, según propia confesión, el primero de su familia que, rompiendo una tradición secular, no ha cultivado directamente las tierras propias. Eso sí, se ha quedado a vivir en su masía, aunque con largos paréntesis impuestos por los viajes; y desde su Palafrugell nativo —vio la luz en 1897— ha irradiado en toda Cataluña, ha adquirido nombradía en el resto de España y se ha dado a conocer en el extranjero. Recordando el calificativo de «andaluz universal» que se dio a Juan Ramón Jiménez, alguien —no recuerdo quién— ha acuñado el de «ampurdanés universal» para José Pla. Pero la base de ese «universalismo» (que él rechaza, como veremos más adelante) es su profunda raíz ampurdanesa. Palafrugell es hoy una de las ciudades más vivas y de más trasiego del Bajo Ampurdán. Se acerca a los doce mil habitantes; en ella conviven gentes dedicadas a la agricultura, a la industria corchera y al turismo. Allí estuvo Pla sus primeras e indelebles experiencias vitales que le *anclaron* definitivamente en su comarca. Hijo de una familia acomodada, pequeñoburguesa, según la escala elaborada por gente de la gran urbe, se empapó hasta el cansancio y la fascinación de la vida monótona y cíclica, aunque con algún incentivo pasajero, de las pequeñas ciudades comarcales como la suya. A pesar de que Pla nos ha dejado páginas muy críticas de este ambiente pueblerino, menestral, popular, el Ampurdán siempre fue su obsesión, y más el paisaje que las gentes. Por ello tiende a elevar a «tesis» su concepción del ser ampurdanés y a ofrecer, a través de su normal asistematismo, una tipología, una sociología y una estética de la gente y de las cosas de aquel característico rincón de la Cataluña Vieja.

«L'Empordà —sento dir— és un país d'arrauxats, de tabalots, d'hereus escampa, d'enfollits. I és cert.» O sea: «El Ampurdán —oigo decir— es un país de arrebatados, de tolondrones, de herederos pródigos, de chiflados. Y es cierto». Como siempre, Pla tiende a la cari-

catura, pero la verdad es que los ampurdaneses, audaces, emprendedores, complejos, se han forjado su algo de leyenda. Algunos recorrieron mucho mundo, como el cronista Ramón Muntaner o Gaziel, para poner dos casos extremos, y también los numerosos «indianos» que, al volver, eran un incentivo de prosperidad para el pueblo, y la sal de las tertulias. No hay duda, pues, que el humus de los bosques, el ozono del aire, el perfil del paisaje, la agresividad de las mareas y de la tramontana, el espíritu artesano y la cazurrería innata de sus paisanos ha influido en el hombre y en el escritor José Pla.

La pasión de Pla por convertirse en un *homme de lettres* es muy temprana. La clave de su vocación literaria nos la descubre en muchas de las páginas del fabuloso *Quadern gris* (publicado en 1966, con algunas interpolaciones posteriores a su redacción primitiva). Pla tiene veintiuno y veintidós años y va explicando sus zozobras, su miedo a fracasar como escritor y a tener que dedicarse a la abogacía, profesión que detesta. Sus lecturas, desorganizadas y voraces, sus tentativas de autodisciplina para aprender el oficio de escritor, los elementos de su formación, en la que juega un papel decisivo su estancia en Barcelona para estudiar Derecho, se detallan sin tapujos en este diario de ochocientas páginas. «Mi pasión por escribir es vivísima. En realidad, no pienso en otra cosa», declara. Su temperamento nato de escritor, a pesar de que dude a veces de ello, debe encauzarse y él debe dominar la pluma como un pintor los pinceles: «Cuatro o cinco años atrás, solía subir con un lápiz y un cuaderno hasta las Pasteres. Me sentaba en una piedra y trataba de describir un árbol o los colores del cielo. La cosa me sorprendía tanto a mí mismo, que, si de vuelta a casa sin haber llegado a ningún resultado —era lo corriente—, me cruzaba con alguien, me sonrojaba. Era como el ridículo, retorno del cazador que no ha cobrado nada». Esto lo escribía refiriéndose a sus dieciséis años. Los soliloquios sobre sus ejercicios literarios son insistentes: «Quizá sería hora de abandonar estos lamentables y pueriles cuadernos —se refiere al *Quadern gris*— y dedicar íntegramente las horas a estudiar, a empollar. Pero es un hecho que me cuesta dejarlos (...). Estos papeles me aburren y me enojan pero hago un esfuerzo para mantenerlos al día, porque sólo cuando me enfrento con el cuaderno me reencuentro a mí mismo y tengo que dar por terminada la comedia diaria». Más adelante vuelve a la carga, obsesivamente: «... este cuaderno, empezado frívolamente, se me ha convertido en una inescamoteable necesidad íntima (...) en uno de los pocos elementos de disciplina que actúan sobre mi vida (...). Este cuaderno obedece a la necesidad de tomar posición ante mi tiempo (...). Yo no soy un producto de mi tiempo; soy un producto contra mi tiempo».

Ya antes había escrito, explícitamente, sobre sus ejercicios «escolares»: «Hasta hoy he hecho tres ejercicios literarios con cierta continuidad: escribir notas sobre el mar; escribir sobre Gerona; continuar este diario. Los dos primeros ejercicios han resultado fallidos. El tercero no sé si lo podré aguantar». Y esta constancia espartana que le hace escribir diariamente, aun dentro de una vida fácil y desordenada, modeló definitivamente la vocación de Pla. También a través del *Quadern gris* (y en algún inciso rápido de otros libros) pueden rastrearse las lecturas y las influencias —confesadas— que determinaron su formación más o menos caótica. «Stendhal, Stendhal, éste es el camino», dice axiomáticamente. Luego: «No me canso de leer los *Essais* de Mantaigne». Elogia a Baroja por su realismo, aunque le reprocha el ácido pesimismo, y cree que «nuestra generación —la generación catalana— debe de haber leído copiosamente la obra de Pío Baroja. A los diecisiete años yo la devoraba y se puede decir que la conozco toda». En otros momentos quiere desmentir que haya leído tanto —y que le hayan influido mucho— a los escritores rusos. Y comenta nuevamente sus preferencias: «El autor que me gusta más es Voltaire. Después, Heine y el reverendo Sterne (...). Hoy estudio a Macaulay». Lee igualmente a Nietszche y siente una enorme admiración por José Carner. En su biblioteca del «Mas Pla» puede verse miles de libros de historia, filosofía, economía y sociología, que también han sido la base de su bagaje como escritor que se enfrenta con cualquier tema. En su juventud tuvo la paciencia de leerse el diccionario filosófico e histórico de Bayle, «que tiene más volúmenes que estrellas hay en el cielo». No obstante, Pla creía entonces que su formación era escasa y que, a los veinticinco años estaba aprendiendo lo que sabían los niños de cualquier *lycée* extranjero. Tímido, cliente asiduo de la Arrendataria, según él mismo se define, amigo inseparable del alcohol en sus grados y matices más inverosímiles (Pla ha escrito casi una metafísica del vino), soñador a su manera, el escritor ha dejado en el *Quadern gris* un largo y estupendo autorretrato, del que, aparte sus inevitables *boutades* y exageraciones moderadamente aprovechables, pueden espigarse elementos básicos para caracterizarle: «No llegó a inspirar confianza a la gente (...), soy un individuo absolutamente incapaz para el comercio (...), un hombre de la cloaca del Mediterráneo típico (...). A veces tengo las lágrimas inexplicablemente fáciles (...), tengo una tendencia al racionalismo matizada por la ironía, me interesa mucho más la ciencia que la metafísica o la teología (...). De las cosas que leo, lo que siempre me interesó más vivamente fueron los detalles, las cosas insignificantes y pequeñas. Me apasionan tanto las personas muertas como las vivas. La memoria

histórica es para mí tan real como la misma actualidad. Llevo en la sangre demasiados pocos gérmenes de violencia y de dogmatismo (...). Soy un hombre de este país, del matiz marítimo de este rodal europeo, amigo de las medias tintas, de la lluvia y de la grisalla, más irónico que dialéctico, más contemplativo que encaprichado (...), soy un ser feble y mísero, pero cuando tengo la pluma en la mano me vuelvo dionisíaco y ofensivo».

Una vocación tan imperativa y fatalista, si cabe, halló un primer cauce a través del periodismo local y comarcal *(Baix Empordà, Diario de Gerona,* etc.) y en seguida en el barcelonés —*Las Noticias, La Publicidad, La Veu de Catalunya, La Publicitat*— y también en revistas minoritarias o de divulgación como *El Camí, La Revista, D'ací d'allà.* A los veintitrés años marcha ya al extranjero como corresponsal. Sus inicios fueron muy difíciles y Pla no se cansa de recordarnos que el periodismo le ha destruido. Tuvo que escribir miles de insulsas gacetillas, elogios absurdos al dictado, y vivir sometido a unos ambientes periodísticos pintorescos y rutinarios, como el de *Las Noticias,* aquel periódico sin alma, horriblemente neutro. Cuando Riba publicó su excepcional versión catalana de *La Odisea,* Pla se refirió a ella y de rechazo aludió a su condición de racional atado a la noria del periodismo: «... la necesidad de que la actividad de Riba sea movilizada con fines específicamente nacionales para acabar con el bochornoso espectáculo de ver a Riba trabajando a destajo y a tanto el metro, como cualquier infeliz periodista de los nuestros». Pero su *charme* literario, su olfato para recoger el matiz más insospechado de la noticia, su visión certera de ciudades y paisajes pronto le consagraron como un periodista excepcional. Claro que no tardó en ser signo de contradicción: fue exaltado y denigrado. Pla ha colaborado en un número todavía no computable de periódicos, revistas, almanaques, etc. Desde los de Fiume a *El Sol* y *Excelsior,* de Madrid, hasta *El Diario Vasco, Las Provincias,* de Valencia, etc. Básicamente, su *corpus* periodístico está en *La Veu de Catalunya, La Publicitat,* y en estos últimos años, el *Diario de Barcelona, El Correo Catalán* y *Destino.* Las revistas —aparte la que acabamos de citar— han acogido más de tarde en tarde su producción. Pero el periodismo ha sido para Pla una vorágine, no ha podido deshacerse de la yunta, como ha demostrado esta última década, en que, a pesar de los beneficios de los libros y del valor espectacular que han alcanzado algunas de sus pequeñas propiedades en la costa, ha seguido practicando el periodismo, casi diariamente, como una virtud monacal.

Sus primeros tanteos literarios en forma de libro son: *Las almañas* (1920?), donde ya apunta el realismo, un opúsculo sobre el escultor Casanovas y una serie de narraciones breves.

El realismo de las «cosas vistas»

En 1925 aparece *Coses vistes,* el primer libro importante de José Pla y el que le revela a un público cada vez más ávido de su *savoir faire.* A pesar de las cortapisas de la Dictadura, el momento cultural catalán es ascendente. Acaban de nacer una colección de clásicos catalanes: *Els Nostres Clàssics,* y otra de greco-latinos: la *Fundació Bernat Metge.* Los lectores aumentan, el teatro renace, la novela va ganando posiciones frente al casi monopolio de la poesía propio de la etapa anterior; hay intentos —con éxito— de revistas de alta costura: *Revista de Catalunya* (1924), fundada por Rovira y Virgili; y otras de muy distintas orientaciones estéticas (varias de vanguardia) o simplemente de masa. El libro de Pla quiere romper con el imperio del «Noucentisme», aquel movimiento acuñado por Xènius (que fue su definidor y su profeta), Carner, Guerau de Liost y sus colaboradores y epígonos. El movimiento, que como todo nuevo clasicismo pone el acento en la «obra bien hecha» y en la elaboración y a menudo idealización de los datos de la realidad, es, en el fondo, un vasto programa cultural para desarrollar, a la sombra de la Mancomunidad, aquel embrión tan fecundo de gobierno regional que se creó en 1914. Pero la vía estética de Pla es el realismo; es, pues, anticonvencional, antipreciosista, busca la impresión directa, y no le arredra reflejar en sus textos la realidad nauseabunda, la frase grosera, el retrato cruel.

Situándose fuera de la órbita del Novecentismo catalán, Pla puede asegurar con razón en el prólogo de *Coses vistes:* «En esta fase constructiva de la cultura y de las letras catalanas, me encuentro un poco desplazado», aunque antes, para demostrar quizá su estilo discrepante del Novecentismo, formula una declaración extravagante: «Sospecho que no he nacido para hacer libros, ni novelas, ni historias, porque para lo que sirvo realmente es para vivir sin trabajar, para leer cosas agradables, para charlar e ir de paseo con el bastón en el puño y el cigarrillo en los labios». *Coses vistes* es un libro heterogéneo: hombres y paisajes, notas sobre la cocina catalana, narraciones (que él llama capítulos de novela) y retratos breves. Pla se refocila y se demora en la descripción de tipos extravagantes que conoce en la calle, en la taberna, en las casas de huéspedes: analiza las partes más visibles de su cuerpo, describe la indumentaria y caracteriza al personaje con

un precisión exagerada, tendente a la caricatura, y lo ameniza con detalles del mundo pequeño, casero, a veces desquiciado, en que se mueven tales personajes; se trata, en definitiva, de un nuevo costumbrismo, pero nada folklórico ni preciosista. Hay momentos en que una escena salta del contexto como un aguafuerte de Solana, o nos sobrecoge con los tintes de la novela rusa (así la narración «El barret fort»), o bien presenta un mundo de claroscuros a la manera del pintor Nonell. El paisaje es, sobre todo, el familiar, comarcal, que lleva grabado en su interior. El estilo, telegráfico, descuidado, ensayístico a veces, no se aparta del realismo *sui generis*. Hay notas de viaje que prefiguran sus grandes libros sobre este tema. Quizá lo más atrabiliario, lo más abacadabrante —aunque sugestivo— sea la serie de retratos a la pluma de personajes catalanes del momento. El desenfado, el atrevimiento de Pla rebasa ya ciertos límites: Nicolau d'Olwer tiene cara de «clown», aunque «posee el virus del punto medio». Pedro Corominas tiene la virtud de «mear fuera de sitio» sistemáticamente. Sagarra exhibe unas «nalgas hemisféricas» y ante la vida adopta una postura de «seráfica madre abadesa exclaustrada». La clave del humor de Pla, aparte el suculento anecdotario, está en el *crescendo* de adjetivos yuxtapuestos y contrastados. Cínico, grotesco, desorbitado..., pero, con todo, Pla es posiblemente el creador del retrato literario en la moderna literatura catalana. En esta obra llevó hasta sus últimas consecuencias lo que preconizara en el *Quadern gris:* «La gente no quiere acabar de comprender, pero algún día tendrá que hacerlo, que la posición de un escritor de hoy ante la realidad, la curiosidad que lo mueve, la pasión que lo domina, es de un sentido totalmente distinto de la de cualquier posición literaria académica de cualquier otra época, sociedad o ambiente. Aquello que antes era una excepción —el realismo— ahora es la regla».

Coses vistes, ventana abierta al realismo, sería —ya lo hemos insinuado— un aldabonazo en el mundo literario catalán. Sumándose a los vanguardismos, intentaría dar diversos coloridos a la pátina monocolor y clasicizante que uniformaba bastante la literatura catalana (aunque los «ruralistas» y «floristas» batallasen al margen del movimiento estético general, por ser una prolongación del ochocentismo). Casi solitario, José Pla rompía con los prejuicios y las normas de «urbanidad» privada y literaria, para narrar con audacia, agresividad y crudeza lo que pasaba por su espejo stendhaliano. Si en un artículo de 1924, escrito al alimón con Eugenio Xammar, se había quejado de que Cataluña fuese un país sin crítica y sin polémica, no debía extrañarle ser blanco de algunas iras, por cierto que en aquel momento, en colaboración con Xammar y un periodista menchevique, Pla traducía

la *Etica,* de Kropotkin al sudamericano *(sic).* Montoliu combate su amoralismo, Carlos Soldevila exclama: «Alerta, amigo Pla» y le tacha de pragmático y materialista, a la manera de Nietzsche y de William James; Tomás Garcés escribe que «es fundamentalmente injusto casi siempre», encuentra su prosa «pintoresca y agresiva», y rechaza además su «inútil manía de asustar al burgués». Carles Riba, en su denso, pormenorizado estudio crítico sobre Pla, formula algunas reservas: «Por una palabra bella, maliciosa o sensible, José Pla se vendería el alma o el escrito al diablo»; J. M. Junoy le llama el «Chateaubriand de la ergástula», etc. En contraste con estas opiniones, Carner se alegra porque «su acrimonia nos rejuvenece», y dice que Pla «es un escritor enormemente engolosinado por la vida» y que «no me parecería nada exagerado que se disparasen... veintiún cañonazos» en homenaje al nuevo hombre de letras. También a Sagarra el malabarismo y la vivacidad infinita de las *Coses vistes* le produjo «una explosión de entusiasmo ilimitado». Este libro —la técnica, el enfoque óptico, el lenguaje, la «ideología»— será el cañamazo de toda su obra. El público respondió espectacularmente: en ocho días se vendieron tres mil ejemplares.

Su tercer libro, *Llanterna màgica* (1926) —del segundo, *Rússia,* hablaremos al referirnos a sus viajes—, fue construido con la misma técnica, los mismos materiales y propósitos que el primero: episodios, retazos de novela, un erotismo descarnado, a veces barriobajero (así el cuento *Claudina),* un desenfado ante lo más intocable —como la crítica contra el monumentalismo de Montserrat—, unas breves y aladas notas de viaje —Budapest, Riga, Munich, Varsovia—, y en cada párrafo el matiz autobiográfico, el realismo avasallador (más o menos exagerado o fiel) y la infinita variedad del paisaje salpicando las narraciones. El libro contiene, además, la segunda parte de la serie de retratos a la pluma, con las consabidas irreverencias, epítetos ridiculizadores, frases chocantes. Juan Alcover, el reposado escritor mallorquín, gran amigo de Antonio Maura, era un «bibelot, un hombre bonito como un conejito de indias»; Carlos Soldevila tenía una «palidez jansenista»... Guansé, al ocuparse de la obra, fustigó la «crueldad y el mal gusto» del retrato de Joaquín Ruyra, un maestro de la prosa catalana, y condenaba las groserías, las «expresiones innobles» y la incorrección de la prosa de Pla, reconociendo, sin embargo, que era enormemente viva y que como escritor poseía una retina prodigiosa. Al finalizar el prólogo a *Llanterna màgica,* Pla dice que la honradez le «obliga a poner en guardia a todo el mundo ante los trucos, plagios y las trampas y el visco engañador que contienen mis obras». ¿Cinismo o sinceridad? Una mezcla de ambas cosas, pues a

lo largo de su obra, Pla ha condenado el prurito de originalidad y ha recordado que el plagio era una norma de los antiguos. Sin embargo, una actitud así chocaba entonces, porque era única.

Relacions (1927), aunque es su primer intento frustrado de novela, debe clasificarse entre las «cosas vistas». Tiene mucho de autobiográfico y es, de cabo a rabo, un libro de confesiones escrito con su habitual desparpajo periodístico y con la intención de atacar la simulación y la falsa moralidad. Sugestivo, paradójico, grosero a veces, con más pretensiones que otros libros suyos, y más «ideas» que realismo estricto, no es de los mejores libros de este autor.

Como ejemplo final de su realismo telegráfico traduzco la visión del ajetreo crepuscular de la villa de Torroella: «Los tenderos salen a abrir las puertas encristaladas; se abren las casas y suben las persianas; aparece una chica en un balcón. Bajo los porches pasa un señor —zapato crujiente—. Después un muchacho, con una rebanada de pan untada con tomate. Pasan luego tres señoras que van a dar, tristemente, la enhorabuena a alguien. Llega un carro al paso, cargado de hierba recién segada. Después una tartana. El caballo, echando humo, hunde la cabeza en el agua del abrevadero, y le da un escalofrío. Pasa un cura. Se escucha un piano familiar e inofensivo. Salen los chiquillos de la escuela como patos aguijados y chillan como las golondrinas. Más tarde salen las chiquillas, tan seriecitas. El movimiento crece y los animales domésticos se animan. Las chimeneas echan un poco de humo. Es la hora de los idilios. Vuelve la gente del huerto. En la plaza se hacen corros; la gente va y viene; unos gritan y otros callan. De pronto se enciende una luz... El día se acaba de apagar entre los chasquidos de un clarinete.»

Libros de viaje

José Pla ha sido el moderno recreador de este pequeño género literario, a veces demasiado proscrito. Lo revalorizó con *Rússia* (1925), que subtitula «una encuesta periodística». El libro señala una atracción por el turbulento país eslavo, contrapunto del Mediterráneo. Hay en él una curiosa voluntad de ser objetivo. Pla, al parecer, sólo quiere dejar constancia de lo que ve: la economía, la política, la industria, el sindicato, los campesinos, el dinero, los bancos, la burocracia, la pedagogía, la cultura, el ejército y Trotski y la oposición. Aquel mismo año Pla ha estado en Varsovia y Londres, y el contraste le es útil. Este libro, que fué apareciendo en *La Publicitat* en forma de artículos, es vivaz, truculento a veces, pero muy rico en datos empíricos. Pla no quiere sa-

car conclusiones ni incidir ideológicamente en sus comentarios; ya se previene en el prólogo: «Entre una construcción majestuosa e incierta del idealismo filosófico y una página de hechos concretos, mi temperamento se inclina hacia los hechos.» En pocas semanas se vendieron dos mil quinientos ejemplares, cifra muy alta en aquella época (y en la nuestra). Comentando *Rússia,* escribía Guansé: «Prodigiosa retina la de Pla, que recoge no sólo los colores y la fisonomía de las ciudades por donde pasa, sino su genio íntimo, su sentido racial, bajo las externas mixtificaciones, bajo los disfraces de la civilización uniformadora.»

Cartes de lluny (1928) es un libro más trabajado, más lírico, más «pictórico» que los anteriores. No es objetivamente puro, porque al impresionismo de los paisajes y de las urbes añade las preocupaciones del contemplador. ¡Cómo goza Pla con la sorpresa de los espectáculos nuevos de hombres y cosas que le salen al paso! Con una intuición muy rápida y un don envidiable para la síntesis —aunque a veces utilice el Baedecker, pero tanto da—, el autor es original a pesar suyo, supera los tópicos y va descubriendo para los lectores aquellos detalles, aquellos sucesos, aquellas notas especiales que han de interesarle: desde una alusión discretamente erótica, hasta las manchas densas, sobrecogedoras de la hora del crepúsculo, pasando por la nota culinaria, la modulación lírica, la «precisión» impresionista y con el humor en cada esquina. ¿Pesa Barrès en esta obra? Posiblemente. Además está escrita sin estridencias: en el prólogo confiesa, con su irreprimible gracejo, que, por consejo de los amigos, en esta obra ha prescindido de las palabrotas. París, Bruselas, Brujas, el Rhin, Rotterdam, Berlín, Hamburgo, Copenhague, Bergen, Upsala... son algunos de los puntos del largo y variadísimo itinerario que la centelleante pluma de José Pla va trazando con ese estilo tan nuevo en la literatura catalana de entonces y con gran copia de noticias curiosas y de sugeridores contrastes.

Las *Cartes meridionals* (1929) insisten en la temática y en la orientación, aunque menos polémica, de los primeros libros. Pretende ser un libro unitario, construido, y en lo profundo es una loa de la mediterraneidad, horizonte natural de los catalanes: «No he podido sentirme nunca completamente extranjero en ningún lugar ni en ningún puerto del Mediterráneo.» De Colliure a Marsella, y a Córcega, Niza, Montecarlo, Pisa, Asís, Florencia, Trieste, Zagreb, Belgrado, El Pireo, Salónica y los Dardanelos, el periplo es también muy extenso y detallado, y Pla hace gala de su virtuosismo cromático, de su finura sicológica, de su sensualismo (ya antes había escrito que «el hombre no es un animal racional: es un animal sensual»). Este «fervor

por los sentidos» se enlaza con el detallismo, nunca farragoso, de las descripciones. ¿Viajero a lo Borrow? En parte. Pesa más Sterne. De todas formas, Pla rezuma una malicia que desconocía el fervoroso anglicano que vino a propagar la Biblia a España. Del conjunto del Pla viajero escribiría Carlos Soldevila en 1928: «Pla adora el paisaje. Tal vez sea su único ídolo. En la consideración de los espectáculos humanos lo podemos encontrar agresivo, sarcástico o contradictorio. En cambio, ante el barrio marítimo de Amberes, la maravilla del fiordo noruego o la opulencia del campo holandés, reacciona no sólo como un poeta sensible, sino como una persona seria y congruente.»

Las biografías-reportaje

En 1928 publicó Pla su *Vida de Manolo*, en edición de lujo, con el subtítulo de «contada por él mismo». En realidad se trata de una extensísima entrevista con el gran escultor, seudofilósofo y humorista Manolo Hugué, con quien Pla convivió largamente en la Cataluña francesa y obró allí como un modesto Eckermann. Pla se vale de un procedimiento mixto en su escritura: mitad reportaje, mitad biografía. A veces no se sabe si el narrador es Manolo o Pla. La heterogeneidad de materiales, la escasa sincronización, la prisa con que fueron recogidos los diálogos, alguna repetición, dan una imagen poco «arquitectónica» de este libro. Los datos históricos, recogidos de memoria, sin comprobación documental y presentados con la atrayente amenidad del Pla periodista y narrador sirven para dar más veracidad que pintoresquismo y un cierto marchamo de «historiador» a un autor no inclinado a la precisión erudita, que poco le importa. Lo más valioso son las opiniones variopintas de Hugué y la resurrección de los ambientes que viviera el escultor en su juventud y que Pla trasvasa a la actualidad con su técnica clásica: lo grotesco equilibra los tintes tristes, casi goyescos, de la bohemia y de la Barcelona bullanguera y popular. El libro tiene un doble valor de confesión: para el autor y para el biografiado.

Los tres volúmenes de su *Cambó* (1928-29-30) se subtitulan «Material para una historia de estos últimos años». Este es el primer libro político de Pla. En definitiva, es un intento —en buena parte logrado— de hacer una historia asequible, amena y extensa del catalanismo. Aparte la consulta de los periódicos y del archivo de la Lliga Regionalista, el libro se montó a base de infinitas conversaciones con el Estado Mayor de aquel partido. La técnica del impresionismo, del pintoresquismo, del énfasis en los detalles, de las sabrosas anécdotas

como ilustración «moralizadora», no faltan en la construcción del libro, que fue aprovechado por Pabón para su biografía del mismo político catalán. Abunda la información, a veces fragmentada (por descuido) y que a menudo requiere una comprobación en las fuentes. Aunque Pla es un periodista «de ideas» —el lector advertirá el sentido laudatorio de la expresión—, su vena narrativa le empuja a hacer una historia casi novelada, con gracia y desparpajo, y procurando presentar con coherencia política a una época decisiva para la vida de la Cataluña moderna. El primero de los tres volúmenes es el mejor; sin embargo, el libro es parcial, porque desmerece la actuación, a veces importante, de algunas de las figuras de la «primera izquierda» catalana y de otros grupos políticos menores. El libro, brillante, polémico, suscitó alguna réplica durísima como la del semanario *Mirador,* partidario de Acció Catalana, que llamaba a Pla «turiferario de Cambó» y apostillaba cruelmente: «José Pla ha sentido siempre una veneración por los ricos; los que llevan abrigos de pieles y viajan en *sleeping* le producen una admiración ilimitada. Ante ellos adopta en seguida una actitud de mozo de café, servicial y respetuoso (...). Este es quizá el origen profundo de su cambonismo.» Pla, maestro en frases hirientes y en el arte de inventar o transformar anécdotas ridiculizadoras, no puede quejarse de la implacabilidad —exagerada— de estos juicios. Pero él no ha sido nunca un político, aunque esta ciencia le apasione. Ya en el *Quadern gris* escribiría: «Poseo escasa aptitud para comprender la política.» A pesar de ello, por su lucidez de *enfant terrible,* por su precocidad literaria, fue presentado como candidato independiente (aunque aupado por los federales del Ampurdán) a diputado de la mancomunidad. Tenía veinticuatro años cuando salió elegido por el distrito La Bisbal-Torroella de Montgrí. En 1924 sería procesado por uno de sus artículos. En su formación política —contradictoria, a mi parecer— hay una buena dosis de maurrasianismo, como en la de otros literatos: Foix, Folguera, Junoy. Pero su espíritu de contradicción le llevó a afirmar en 1923: «Maurras ha hecho más mal que bien en Cataluña (...). Nosotros anteponemos la justicia al orden. Ellos anteponen el orden a la justicia.» Sus ideas políticas no son muy coherentes y a veces resultan atrabiliarias, según las épocas. Hace unos años llegó a comparar al alcalde de Barcelona, J. M. de Porcioles, con Prat de la Riba y veía en aquél una especie de nuevo profeta, de «Seny Ordenador» de la posguerra catalana: la referencia puede hallarse en una entrevista, publicada en *Destino,* con Néstor Luján.

Sus opiniones políticas más coherentes, sustanciosas e iluminadoras se hallan en los primeros años de la *Revista de Catalunya,* y no

tienen precisamente un tono conservador. Ciertas cabriolas políticas de Pla —dejar un periódico de tendencia izquierdista y vocinglera como *L'Opinió* para ponerse a las órdenes de Cambó, el líder de la burguesía— fueron muy criticadas. Se lo reprocharon, por ejemplo, Nicolau d'Olwer y Amadeo Hurtado, dos políticos centristas. Quizá como venganza, *L'Opinió* llegó a escribir en 1933 que Pla era redactor de *F. E.*, el periódico de José Antonio Primo de Rivera: aserto a todas luces falso. Pla ha sido hombre de leyendas y de sambenitos (y no sólo en lo político). Así llegó a rumorearse que su libro sobre Rusia se escribió desde un café de Perpignan, y en política se le atribuían maquiavelismos de los que no era culpable, aunque el profesionalismo le movía a veces, en bandazos, según la remuneración. Algunas de sus intuiciones políticas han sido excepcionales y también las críticas acerbas de determinadas actuaciones, pero no sus teorías. Ser a un tiempo gran periodista político y mal político me parece perfectamente conjugable.

En 1931 aparecería *El sistema de Francesc Pujols,* el libro más aburrido y postizo de Pla. Es un intento —a veces un galimatías— para sintetizar el pensamiento pintoresco, confuso, esporádicamente agudo, del llamado «filósofo de la Torre de les Hores», uno de los grandes humoristas catalanes. No entro en un juicio «filosófico» del sistema —que dejo a los expertos—, pero las «apariencias» de esta «Hiparxiología» no ofrecen duda.

Radiografía de Madrid en dos etapas

En 1929 se publicó su *Madrid,* que había dado parcialmente a la publicidad en forma de artículos. Su carácter de dietario —escrito en 1921— exime nuevamente a Pla de la necesidad de dar a este libro una estructura unitaria. Desde su pueblo había imaginado a Madrid como una «modesta cucaña» y, al llegar a la capital, le pareció una mezcla de «poblacho y de espléndida ciudad». En su irreprimible noctambulismo fue descubriendo un Madrid algo distinto del clisé heredado, que era el más común en Cataluña. Constató el monarquismo de ciertas clases populares y se recreó en los ambientes de casas de huéspedes, de los que supo exprimir más jugo pintoresco, si cabe, que de los de Barcelona. El Prado le deslumbra, y quiere encerrar el paisaje de Castilla —que le produce una profunda impresión— en un par de definiciones y desde la perspectiva de un mediterráneo. Quizá no acaba de gustarle, por ser lo más opuesto al paisaje de su Ampurdán; el de Castilla —dice— «parece un esquema de paisaje, una su-

gestión, una síntesis soñada de paisaje». En Madrid se encarniza con la burocracia: «llenar papel timbrado no creo que sea una tarea sagrada e importante», habla de «aquel verdor pálido que da el escalafón» y una mañana sale de casa «dispuesto a ver el espectáculo más entusiasmante que pueda presenciar el ciudadano que paga contribución en este país: el espectáculo de la entrada de los burócratas y funcionarios en las oficinas del Estado». La descripción, de una alta comicidad, rezuma todos los tópicos, hipérboles y contrastes pintorescos al uso. Es una visión muy de la periferia peninsular, donde la burocracia inspira temor y displicencia.

Pla coincidió con los días del asesinato de Dato. La situación de los catalanes con motivo de este crimen parecía comprometida, puesto que el rumor atribuía el asesinato a dos anarquistas de Barcelona. Pla llega a un café y un diputado, extrañado, le espeta: «¿Pero usted, con su acento catalán, todavía no está en la cárcel?» Pla fue, en efecto, interrogado por la policía, y comentando las incidencias con Julio Camba le confesó: «Lo único que me salvará, amigo Camba, es que, si tengo un acento verdaderamente rasposo, en cambio construyo discretamente (...). La fonética me perderá, pero me salvará la sintaxis...» Camba repuso: «No se fíe usted de los conocimientos gramaticales de la policía. Hay muchas sorpresas.»

Conoció en Salamanca al «inagotable» Miguel de Unamuno, y paseó y discutió con él. Este, en una entrevista publicada en *Mirador*, definió años después a Pla: «Es un periodista muy inteligente, pero con todo el carácter de un ampurdanés socarrón, cuyo sentimiento es difícil de adivinar.» En su estancia madrileña, Pla lee las memorias de Saint-Simon. Y en su *Madrid* revela sus problemas espirituales, confiesa sus preferencias, como si algo le urgiera a hacer públicas estas particularidades íntimas. La presentación de los ambientes, de los tipos y los barrios (recorridos pacientemente) dan a este libro ciertas afinidades con *Coses vistes*. No falta aquí la nota huidiza o sentimental. *Madrid* es un documento y un juego experimental de un escritor en ciernes.

Fue un venturoso azar que Pla coincidiera en Madrid con la proclamación de la república. De aquella experiencia única, captada en sus dimensiones populares y en su trasfondo político, nació el otro *Madrid* (1933) con el subtítulo de «El advenimiento de la república». Este libro recoge, también en forma de dietario, el torbellino, la alegre confusión de aquellos días. Conversaciones con Juan March y con Unamuno, diálogos con fabricantes catalanes y castizos isidros, opiniones, casi sentencias, sobre la marcha de la república en los primeros meses, *potins* políticos y literarios, brevísimos retratos de los

políticos nuevos o de los viejos recién uncidos al carro republicano; todo con un estilo de cronista festivo, a quien también ha cogido por sorpresa la oleada de republicanismo. Los episodios callejeros, con la euforia y desorbitación popular, y algunas escenas de audacia política (como la «conquista» por Maura del ministerio de la Gobernación) revelan a un memorialista excepcional. Este segundo *Madrid*—no reeditado después de la guerra—es todavía uno de los libros más vivos y «clásicos» de José Pla. Sin el corsé impuesto por el censor—que «moderaba» cierta brutal espontaneidad muy típica de Pla—nuestro escritor se despacha sin tapujos y vuelven a aparecer sus inconveniencias y sus palabras tabú, ya casi redimidas de tanto verlas impresas.

Empieza el «Viaje a Cataluña»

Con el título de *Viatge a Catalunya* (1934), que después de la guerra convirtió en el denominador común de una serie de libros, dio a conocer más «cosas vistas»; sus viajes, pero no por tierras lejanas, sino en la misma Cataluña, y, para precisar, en la Cataluña vieja, sobre todo el Ampurdán, la Selva y el Rosellón. En el prólogo confiesa su admiración por tres itinerarios clásicos: el *Reisebilder,* de Heine; *The Bible in Spain,* de Borrow, y *Mémoires d'un touriste,* de Stendhal. La falta de itinerarios análogos en catalán le mueve a improvisar éste por las comarcas que más conoce. «No creo que para un escritor pueda haber un excitante más fuerte que éste, ni nada más instructivo, ni de un interés más apasionante que la exploración de los hombres y de las poblaciones, del paisaje y del pasado y, en general, de la vida que hace uno en el propio país.» Las notas de viaje de Pla, a menudo hilvanadas de modo rápido, fugazmente impresionistas, nos dan una deliciosa visión, improvisada y directa: no olvidemos que Pla tiene una maravillosa facultad de ambientación. Del Sant Felíu de Guixols, «republicano, federal y popular» a Ampurias, Ceret, Port-Vendres, etc., el cronista ve y cuenta, ni más ni menos, como el clásico: «Yo pinto, y basta.» Pequeños reportajes como el del tren que va de Flassà a Palamós, observaciones gastronómicas, escenas callejeras, chistes intelectualizados, los excursionistas, los anarquistas, la música «lerrouxista y valenciana», los relumbrantes paisajes, forman este mosaico vivo, abigarrado, lírico-realista, que confirma a un maestro de la nueva prosa posnovecentista.

Pasado el trauma de la guerra civil, José Pla vuelve a su quehacer periodístico *pro pane lucrando*. Después de su paso fugacísimo como director de *La Vanguardia,* su auténtico refugio, su tribuna, es la revista *Destino,* ya radicada en Barcelona y en lenta evolución. Pla se convierte en una de sus columnas centrales. Desde su sección semanal —«Calendario sin fechas»— toma otra vez contacto con sus antiguos lectores y amigos. En *Destino* se han refugiado igualmente algunos de los colaboradores de *Mirador,* y el nuevo semanario, único en su género, es muy leído. La amenidad y el desenfado (hasta donde la censura lo permitía) de Pla provocan comentarios, y su conocimiento del país —cuando Pla dice el «país» usa un eufemismo, por no escribir Cataluña— y su tradicional pintoresquismo prenden en unos lectores endurecidos por la guerra, que buscan evadirse o recordar el pasado, porque Pla les evoca este pasado. Su literatura continúa siendo *terre-à-terre,* ajena a la metafísica y a los imperialismos literarios posdorsianos y carece de aquella seriedad granítica de muchos escritores del momento.

El cambio total de lengua, la práctica forzosamente exclusiva del monolingüismo será para él un *handicap*. Pero Pla se resigna: es un escritor profesional, y, de todas formas, ya está acostumbrado a escribir en un castellano más o menos bueno desde los años veinte, cuando fue colaborador de *La Publicidad* y de *Las Noticias*. Sus libros ahora son también únicamente en castellano —las circunstancias mandan—, y en ellos agavilla muchos de sus artículos. Así, *Las ciudades y el mar* (1942), *Viaje en autobús* (1942), *Humor honesto y vago* (1942), *La huida del tiempo* (1945), e inicia la serie, de tanto éxito posterior, de sus guías con la de la Costa Brava, en su primera edición de presentación modesta y poco voluminosa. Una incursión no muy afortunada en la literatura política, *Historia de la segunda república española* (1940-41), en cuatro volúmenes, revela cierto sectarismo, propio del momento, aunque la documentación manejada sea extraída de las sesiones de las cortes republicanas. Pla vuelve a recorrer Cataluña a pie y en autobús para empaparse de sus realidades; intenta renacer de sus propias cenizas y se propone ayudar en el mismo sentido a su gente. Su estilo ha variado poco, pero su castellano —digan lo que quieran ciertos escritores no catalanes que casi lo han puesto como paradigma de lengua viva y literaria— está adulterado, es muy desigual: a veces Pla lo esmalta adrede con traducciones literales de refranes o modismos catalanes que, al ser vertidos al castellano, no tienen ningún sentido. En una revista del exilio —*La Nostra Revista,*

publicada en México—, P. Matalonga reprochaba a Pla este defecto voluntario y recordaba alguno de tales modismos, ya traducidos: «más que un fuego no quemaría», «nadie puede amagarles el huevo», «escuchar como quien oye llover», «a callar y a la jaula», «su mal no quiere ruido», etc. A ellos podrían añadirse: «ni jugo ni brezo», «pagando San Pedro canta», «había para alquilar sillas»... Luis Santamarina publicaba en *Solidaridad Nacional,* de Barcelona, con el seudónimo de «El Gato Melitón», unas notas sobre gazapos lingüísticos, y Pla se llevaba la palma. Como estilo funcional, directo, el castellano de Pla cumple una «función». Pero nada más. Lo que interesaba a los lectores castellanos que lo descubrieron en la posguerra era, en realidad, lo que decía y cómo lo decía, pero no la trama interior del idioma, que Pla no posee.

El «peregrinaje a los orígenes»: vuelven las «cosas vistas»

Con la lenta normalización de las ediciones de libros en catalán, Pla reemprende la edición de su obra catalana; sigue aún escribiendo en castellano, pero casi exclusivamente para el periodismo. En 1947 aparece *Cadaqués,* uno de sus grandes libros líricos, donde la historia se funde con el paisaje de aquel arquetípico pueblo de la Costa Brava. Pero es en 1949, con la reedición de las *Coses vistes,* cuando Pla, dentro de la «Biblioteca Selecta», se lanza a un ambicioso plan, que consiste en reordenar y refundir viejos textos con otros inéditos y, bautizándolos con sugestivos títulos, ir ofreciendo, en agrupaciones temáticas y con cierto orden cronológico, los componentes de su *corpus* literario. De 1949 a 1955 aquella colección lanza veintidós títulos, de formato de bolsillo y letra apretada. Con ello presta un gran servicio a las letras catalanas: incita a las nuevas generaciones a leer en su lengua materna, recupera a antiguos lectores y presenta su *imago mundi* como un estímulo para la reconstrucción moral y cultural de su gente. Como escritor, como «ideólogo», fundamentalmente Pla no ha cambiado. Viejos y nuevos textos se alinean normalmente, y sin grandes contrastes, en un mismo volumen. Pla ya había cristalizado como escritor mucho antes de 1936. Ahora tiende a dar sus obras en series, bautizadas con títulos genéricos, ya usados en ediciones de anteguerra: *Viatge a Catalunya, Coses vistes* y *Cartes de lluny.* Un análisis, libro por libro, de esta nueva época nos llevaría a repetir muchos de los conceptos y criterios estéticos que he insinuado en el decurso de este ensayo. Pla ha corregido, ha ampliado su repertorio, ha enriquecido sus registros intelectuales, y con la nueva ordenación de su *opera omnia* a algunos

les parece un autor nuevo, que se estrena: curioso espejismo que acaba de repetirse este mismo año con la publicación de sus obras completas, ahora sí definitivas. Es que Pla es un escritor inagotable para sus lectores. La expectación y el éxito acompañaron a Pla en esta nueva singladura en lengua catalana. De todos los libros, cabe destacar, por su valor autobiográfico y su densidad humana, lírica e histórica, el titulado *Girona*. También *Els pagesos,* análisis de las formas de vida, de la psicología y de la pequeña filosofía del campesino catalán (sobre todo del campesino de la Cataluña Vieja, que es al que conoce de veras). Para Pla los payeses «como clase, como manera insobornable de ser», no han sido estudiados, y si él se atreve a considerar el tema, es porque se considera un campesino más, «un rústico sofisticado por la cultura de nuestros días». También *Un senyor de Barcelona,* remozado, es un testimonio de una ciudad pretérita —la que vivió el protagonista— y que las mutaciones de hoy han sepultado. Otros libros proustianos, en busca del tiempo perdido, meditaciones reposadas, con artículos que tienen algo de poema en prosa, son *Els anys* (1953), *Les hores* (1953) y *Els moments* (1955).

En esta hora de recapitulación, José Pla vuelve a plantearse el porqué de su razón de escritor, el porqué de su literatura, y aunque la cita sea larga, vale la pena transcribir, por lo concluyentes, las opiniones expresadas en el prólogo a *Llagosta i pollastre* (1952): «Ante los primeros nueve o diez volúmenes que en tan corto espacio de tiempo ha publicado la «Biblioteca Selecta», algunos críticos han dicho que mi pretensión consiste en hacer un inventario de las cosas del país en la época presente. Este —dicho sea de paso— es el primer cumplido razonado que la crítica me ha hecho desde que escribo. Lo acepto como he aceptado los ataques del pasado y como pienso aceptar los que producirá el futuro, indefectiblemente, con un aire estoico e impasible. A pesar de la fama de cazurro y de frívolo que dos generaciones consecutivas me han atribuido sin conocerme —puesto que yo soy un hombre absolutamente desconocido personalmente—, me considero obligado a decir que tengo un elevadísimo concepto de la misión del escritor en relación con la época en que vive. Yo no creo que el escritor lleve ningún mensaje personal exclusivo. Esta es la última forma del romanticismo literario (...). Lo que yo creo, por el contrario, es que el escritor tiene una responsabilidad total ante la época en que le ha tocado vivir. La primera obligación de un escritor es observar, relatar, manifestar la época en que le ha tocado vivir (...). Que yo pretendo hacer un inventario de la situación del país en este momento es evidentísimo (...). Si llego a algún resultado, lo dirán los sesenta volúmenes que, si se da una determinada propiciación, publicaré, siguiendo el cri-

terio de revisión que ha presidido la elaboración de los primeros. Antes de que llegue este hecho, nos moveremos en el terreno de la pura conjetura. Pero he dicho varias veces que mi obra no es, perentoriamente, más que una adición de hojas de un dietario íntimo, vastísimo.»

Notas sobre teoría literaria

Aunque a lo largo de este ensayo he indicado circunstancialmente las directrices estéticas de Pla, me parece útil volver sobre ello y presentar, un poco al azar, algunas de sus definiciones literarias y de sus tomas de posición frente al escritor y al fenómeno de la cultura. En una entrevista que en 1927 le hizo M. Font, Pla fijaba las líneas generales de su obra, planteaba sus limitaciones y sus fervores: «... mi temperamento es más dado a escribir sobre gente de carne y hueso y cosas existentes que sobre novelas, cuentos y comedias. Todos estos géneros literarios tienen algo de convencional, y a ello me es difícil someterme (...). Si llego a ser alguna cosa, soy notoriamente un modesto escritor de memorias. Todos mis libros están faltos de unidad. No pueden ni podrán ser nunca más que unas compilaciones (el original dice *reculls)* provisionales. Esto es debido a que mis libros no son más que una suma de materiales, de retratos y de paisajes, que cuando sea viejo recogeré y ordenaré en forma de memorias. Saldrán en ellas todas las cosas que habré visto, y todos los hombres y las mujeres que habré tratado». Finalmente, se declara interesado en «los quehaceres del realismo».

En el mismo año 1927, la *Revista de Catalunya* recogía las respuestas de Pla a una encuesta sobre su concepto de la literatura. Hallamos en ellas los inevitables malabarismos y juegos irónicos para paliar la seriedad de algunas definiciones: «Todos los escritores de hoy quieren ser europeos, universales, originales, y creen que lo que hacen es bueno para todo. Yo empiezo por no sentirme ni europeo ni universal, puesto que estas palabras no tienen para mí ningún sentido. Le diré todavía más: lo que se denomina patria, esta cosa abstracta, grandiosa, burocrática, ribeteada de aduaneros y de carabineros, es un concepto que no he comprendido nunca. Materialmente no puedo comprenderlo, y no tengo bastante fuerza para deificar el papel timbrado. Soy y he sido siempre localista, esto es, un hombre que está dispuesto a decir en cualquier momento que no hay nada en el mundo como las cosas de Palafrugell (...). Uno puede escribir en la lengua más difundida y rica del mundo y pasar más aprisa que un *foc d'encenalls* («una fugaz llamarada»). Escribid, en cambio, algo que esté bien en catalán de

Palafrugell y veréis cómo os traducen, os comentan, os dan unas latas terribles y, finalmente, el premio Nobel. Ya sé que hay muy pocas personas suficientemente fuertes para decir lo que acabo de decir.»

Otras definiciones significativas: «La literatura pura, como finalidad, no me interesa nada.» «El preciosismo me empacha en seguida.» Sobre la precaria profesionalidad del escritor y su dependencia económica, Pla escribe, paradójico y cáustico: «En todas partes los escritores de hoy han de perder más tiempo para cobrar sus obras que para escribirlas»; y «el trabajo intelectual, en una palabra, está al servicio del oro, y, por tanto, el oro es el sistema métrico del valor literario y artístico». Juzga curiosamente el naturalismo: «... no gustará nunca mucho porque implica la descripción y el reconocimiento de la cloaca —pequeña o grande— en la cual nos movemos». Sobre el plagio, fórmula que siempre ha defendido sin ambages, escribe con un dulce cinismo: «No puede haber, en mi opinión, nada más agradable para un escritor que sentirse plagiado. Esta sensación sólo puede compararse, en cuanto a dulzura, a esta otra: a la sensación que produce el plagiar.» Sobre el intelectual y el compromiso: «Todo intelectual, cuando se ha hablado de todo, es siempre, por definición, un creador de libertad.»

Este florilegio de las teorías de Pla, pese a ser comprensiblemente incompleto e invertebrado, servirá al lector para perfilar a nuestro escritor a través de unos textos serios o irónicos, tendentes a la *boutade* o a la greguería, pero, en definitiva, inseparables de su mundo.

Un novelista frustrado

En 1952, Pla publicó su primer intento novelístico: *El carrer estret,* y reincidió en 1953 con *Nocturn de primavera.* Más que novelas, estas dos obras son una especie de cuadros de costumbres, de crónicas pintorescas, con unos mismos personajes y un *entourage* de muchos otros que pululan para acentuar la confusión y el pintoresquismo. Ensambladas, hay páginas de paisaje de gran calidad. En la arquitectura de la obra, en la psicología de los personajes y en el vuelo de la imaginación creadora la elaboración es insuficiente. Pla tiene una inventiva menor —«yo no he tenido nunca imaginación», confesó en el *Quadern gris*— y no está dotado para el esfuerzo de las grandes construcciones novelísticas. Riba ya temía que la prisa, el exceso de humorismo y la falta de «paciencia para seguir la evolución ¡tan lenta! de los corazones», le impediría escribir una novela. Pero los argumentos de su mediocridad en este género los da el mismo Pla: «Busco, a menudo, argumentos de novela. Imposible encontrar nada. No he tenido nunca bas-

tante imaginación para conseguir ver la vida en forma de novela», insiste en el *Quadern gris*. En su entrevista de la *Revista de Catalunya*, decía, aunque con evidente exageración: «Me asusta tener que decir que nunca he podido acabar de leer una novela.» Y cuando en su reciente entrevista con Porcel, éste le pregunta por qué no se ha dedicado a la novela, Pla responde que quizá por falta de imaginación. Evidentemente Pla es más relator que inventor, más cronista que arquitecto de argumentos convencionales. Pla no sabe ordenar y completar con la imaginación la realidad sobre la cual debería montar la novela. Ya en un artículo de *La Publicitat*, titulado «Les teories de Josep Pla sobre la novel . la», nuestro escritor constataba la base de su impotencia como novelista: «La vida se nos presenta no en forma de novela, ni en forma de obra de teatro. La vida es caótica, pero no es nada convencional.»

Un nuevo intento de «Obras completas»

En 1956, José Pla empezó a publicar, dentro de la «Biblioteca Selecta» y en un formato mayor, las obras completas. En realidad, se trata de un segundo intento, pues los pequeños volúmenes tenían ya la orientación de una *opera omnia* ordenada temáticamente.

En la nueva agrupación de ensayos, narraciones y notas dispersas, Pla cambia también los títulos de los libros. La mezcla de trabajos de distintas épocas (algunos reproducidos en tres libros con título distinto) creó alguna confusión y recelo entre sus lectores habituales. Con todo, Pla procura seguir el orden cronológico y el orden impuesto por el género literario.

La serie de «grandes tipos», de «Homenots», como les llama él, es lo más relevante de los veinticuatro títulos que aparecieron en esta nueva época. En algún caso se trata de la versión moderna, muy ampliada, de los agudos retratos a la pluma que tanto escandalizaron en su juventud: los de *Coses vistes* y *Llanterna màgica*. Ahora el retrato no se ciñe a un aspecto del personaje, a un rápido juicio, sino que engloba el análisis de la obra y un perfil de la época y de algunos coetáneos. Los mejores retratos son, en general, los de los primeros volúmenes —Carner, d'Ors, Pijoan, Blasco Ibáñez, Nin, Riba y algún tipo pintoresco, como Sadurní Ximenis y ciertos personajes notables del Ampurdán—. Naturalmente, el poder de penetración, de sagacidad exploradora, varía según Pla haya conocido muy de cerca al personaje o haya tenido con él un trato circunstancial. En algunos casos se limita puramente a desarrollar —con breves comentarios interca-

lados— un cuestionario presentado al personaje objeto del retrato literario o político. Cuando la óptica original de Pla pierde alcance, el retrato se diluye. Esta serie recuerda a los famosos *Retratos contemporáneos,* de Gómez de la Serna.

La vida desde los setenta años: las obras completas definitivas

A los setenta años ha lanzado sus *Obres completes,* que, según ya he indicado, ahora sí serán definitivas. Hasta el momento han visto la luz cinco volúmenes, encuadernados en piel, de unas seiscientas páginas por término medio. Aunque no se haya determinado «oficialmente» de cuántos volúmenes constará esta serie completa, se supone que sobrepasará los cincuenta: Porcel ha hablado de treinta mil páginas. Y, a pesar de tantas reediciones y refundiciones de sus obras, estas últimas, recién estrenadas, se venden bien: hasta hay gente responsable que, a estas alturas, ha descubierto a Pla.

En la posguerra, la figura de José Pla ha sido excesivamente ensalzada, como en los años veinte y treinta fue denigrada en exceso. Algunos plumíferos indocumentados han inventado en estos años últimos un plan idílico, con una ironía bonachona, han imaginado un «isidro» ampurdanés con talento y bastante leído. Y otros, ante su obra —que no conocen a fondo—, han expresado una adoración bobalicona. Tales actitudes no cuadran con el talante de Pla ni con el concepto que tiene de sí mismo: seguro que le molestan. Por otra parte, no creo que le disguste la crítica seria de su obra, que alguien se atreva, de frente, con algunos de sus libros. Por ello Pla valora tanto lo que Carles Riba escribió sobre él hace cuarenta años.

Pero Pla no ha cambiado desde su juventud. Con su timidez, con su figura de navegante solitario de las letras, ha intervenido poco en los actos con que se ha querido homenajearle al cumplir sententa años. Enemigo de agasajos, de medallas y de títulos académicos, ha superado la mayoría de esas tentaciones. A Pla no le sienta bien la correspondencia protocolaria, el agradecer parabienes. En la reciente entrevista con Porcel remachaba muchos conceptos de su juventud: el antiuniversalismo, el culto a la amenidad literaria, el talante: «cuando empecé fui considerado un cínico y un anticonvencional. Ahora soy el mismo; pero como quiera que el anticonvencionalismo y el cinismo han proliferado tanto, me consideran ya un conservador».

A sus setenta años, José Pla es todavía un escéptico, pero posee suficiente fe para haber llevado a feliz término la publicación de una

obra vasta, desigual, aleccionadora, que él, obsesivamente, casi testamentariamente, ha escrito para las nuevas generaciones de escritores y de lectores. Su tarea de cronista excepcional, su intento de salvar del olvido toda una etapa de su país, *está ahí*. El testimonio de estas obras completas sobrepasa los propósitos de su juventud, que fue cuando se fraguó en él este ideal.

ALBERT MANENT
C/ Craywinckel, 24
BARCELANA-6

BIBLIOGRAFIA DE JOSE PLA *

EN CATALÁN

Enric Casanovas (Barcelona, Publicacions de la Revista [1920]).

Negre i Taronja (Barcelona, Els contistes catalans, 1924).

Coses vistes 1920-1925 (Barcelona, Edicions Diana, 1925), 2.ª ed. íd.; 3.ª ed. Barcelona, Editorial Selecta, 1949; 4.ª ed. Palafrugell, Edicions Montcal, 1949 (1).

Rússia (Noticies de la URSS. Una enquesta periodística) (Barcelona, Edicions Diana, 1925); 5.ª ed. íd. (2).

Llanterna màgica (Capítols de novel.la. Viatges sense objecte. Retrats) (Barcelona, Edicions Diana, 1926).

Relacions (Barcelona, Edicions Diana, 1927).

Vida de Manolo (contada per ell mateix) (Sabadell, La Mirada, 1928); 2.ª ed. Barcelona, Llibreria Catalònia, 1930; 3.ª ed. Barcelona, Editorial Selecta, 1953; 4.ª íd. 1961.

Cartes de lluny (Viatges. Fantasies. Ciutats) (Barcelona, La Nova Revista, 1928); 2.ª ed. Barcelona, Edicions Aigua Blava, 1946; 3.ª ed. Barcelona, Editorial Joventut, 1948; 4.ª ed. Barcelona, Editorial Selecta, 1954 (3).

D[omènec] Carles (Barcelona, Edicions Joan Merli, 1928).

Cartes meridionals (Barcelona, Llibreria Catalònia, 1929).

---

* Doy una relación, que creo completa, de los títulos publicados por el escritor ampurdanés. Considero como edición original las ediciones en catalán de algunos libros que, por las circunstancias, tuvieron que publicarse primero en castellano: *Rusiñol y su tiempo, El pintor Joaquín Mir* y *Un señor de Barcelona*. Agradeceré cualquier sugerencia o rectificación sobre los datos de esta bibliografía.

(1) En la contraportada de *Rússia* se indica que está en prensa una tercera edición de *Coses vistes*. No sabemos si llegó a aparecer.

(2) Encuentro la referencia a la quinta edición en el ejemplar que poseo de la obra: no he podido ver las anteriores, aparecidas el mismo año. Esta obra se ha incluido en el volumen de obras completas, titulado *El Nord*.

(3) Tengo noticia de una edición de lujo, de tiraje muy reducido, que no he podido consultar. Hay también ediciones de lujo de *Rusiñol y su tiempo* y de *Cadaqués*, de difícil consulta.

Madrid (Un dietari) (Barcelona, Edicions de la Nova Revista, 1929); 2.ª ed. Barcelona, Editorial Selecta, 1957 (4).

Francesc Cambó (Materials per una història d'aquests últims anys) (Barcelona, vol. I, Edicions de La Nova Revista, 1928; vol II, Barcelona, Llibreria Catalònia, 1929; vol. III, íd., 1930).

El sistema de Francesc Pujols (Manual d'Hiparxiologia) (Barcelona, Llibreria Catalònia, 1931).

Vint-i-cinc anys de política catalanista (L'obra d'en Cambó) (Barcelona, 1931).

Madrid (L'adveniment de la República) (Barcelona, Biblioteca Catalana d'Autors Independents, 1933).

Viatge a Catalunya (Barcelona, Biblioteca Catalana d'Autors Independents, 1934); 2.ª ed. Barcelona, Editorial Ancora, 1946.

Cadaqués (Barcelona, Editorial Joventut, 1947).

Bodegó amb peixos (Barcelona, Editorial Selecta, 1950).

L'illa dels castanyers (Barcelona, Editorial Selecta, 1951).

Pa i Raïm (Barcelona, Editorial Selecta, 1951).

Un senyor de Barcelona (Barcelona, Editorial Selecta, 1951); 2.ª ed. íd., 1953; 3.ª ed. íd., 1962; 4.ª ed. Barcelona, Edicions Destino, 1966.

El carrer estret (Barcelona, Editorial Selecta, 1952); 2.ª ed. íd., 1953; 3.ª ed. íd., 1962.

Llagosta i pollastre (Sobre la cuina catalana) (Barcelona, Editorial Selecta, 1952).

El vent de garbí (Barcelona, Editorial Selecta, 1952).

Girona (Un llibre de records) (Barcelona, Editorial Selecta, 1952); 2.ª ed. íd., 1956.

Els pagesos (Barcelona, Editorial Selecta, 1952); 2.ª ed. íd., 1952; 3.ª ed. íd., 1959.

Nocturn de primavera (Novel.la) (Barcelona, Editorial Selecta, 1953).

Els anys (El pas de la vida) (Barcelona, Editorial Selecta, 1953).

Les hores (El pas de l'any) (Barcelona, Editorial Selecta, 1953).

Contraban (Barcelona, Editorial Selecta, 1954).

Peix fregit (Palafrugell, 1954).

L'Empordanet (Barcelona, Editorial Selecta, 1954); 2.ª ed. íd., 1958.

Cartes d'Itàlia (Barcelona, Editorial Selecta, 1955).

Santiago Rusiñol i el seu temps (Barcelona, Editorial Selecta, 1955); 2.ª ed. íd., 1961.

Els moments (El pas de les hores) (Barcelona, Editorial Selecta, 1955).

Week-end (d'estiu) a New-York (Barcelona, Editorial Selecta, 1955).

De l'Empordanet a Barcelona (Barcelona, Editorial Selecta, 1956).

Primers escrits (Barcelona, Editorial Selecta, 1956).

Aigua salada (Barcelona, Editorial Selecta, 1956).

Mar de mestral (Barcelona, Editorial Selecta, 1956).

Barcelona (Papers d'un estudiant) (Barcelona, Editorial Selecta, 1956).

Primers viatges (Barcelona, Editorial Selecta, 1957).

Casa de dispeses (Barcelona, Editorial Selecta, 1957).

La vida amarga (Històries i fantasies) (Barcelona, Editorial Selecta, 1957).

Les illes (Barcelona, Editorial Selecta, 1957).

El meu país (Barcelona, Editorial Selecta, 1958).

Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 1.ª sèrie, 1958); 2.ª ed. íd., 1960.

Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 2.ª sèrie, 1958); 2.ª ed. íd., 1964.

Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 3.ª sèrie, 1959).

Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 4.ª sèrie, 1959).

---

(4) Este libro ha sido incluido en el volumen de obras completas *Primera volada.*

De l'Empordanet a Andorra (Barcelona, Editorial Selecta, 1959).
Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 5.ª sèrie, 1960).
Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 6.ª sèrie, 1960).
El pintor Joaquim Mir (Barcelona, Editorial Selecta, 1960).
Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 7.ª sèrie, 1961).
Un senyor de la Terra del Foc (Barcelona, Editorial Selecta, 1961).
Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 8.ª sèrie, 1962).
Homenots (Barcelona, Editorial Selecta, 9.ª sèrie, 1962).
La Catalunya Vella (Notes de viatge) (Barcelona, Editorial Teide, 1965).
El Quaderns gris (Un dietari) (Barcelona, Edicions Destino, 1966).
Aigua de Mar (Barcelona, Edicions Destino, 1966).
Primera volada (Tres ciutats: Girona, un llibre de records.—Barcelona, una discussió entranyable.—Madrid, 1921. Un dietari) (Barcelona, Edicions Destino, 1966).
Sobre París i França (Notes sobre París.—Petits assaigs de França) (Barcelona, Edicions Destino, 1967).
El Nord Cartes de lluny.—Cartes de més lluny.—Viatge a Rússia el 1925) (Barcelona, Edicions Destino, 1967).
Llibre de lectura (Barcelona, Edicions Destino, 1967).

En Castellano

Las alimañas (Madrid, Ediciones Alfa, s. a., 1920 [?]).
Historia de la Segunda República Española (Barcelona, Ediciones Destino, 4 volúmenes, 1940-1941).
Costa Brava (Guía general y verídica) (Barcelona, Ediciones Destino, 1941); 2.ª edición, íd., 1945; 3.ª ed. íd., 1948; 4.ª ed. íd., 1955; 5.ª ed. íd., 1965 (5).
Las ciudades y el mar (Librería-Editorial Argos, Barcelona, 1942).
Viaje en autobús (Barcelona, Ediciones Destino, 1942); 2.ª ed. íd., 1943; 3.ª ed. ídem, 1948.
Humor honesto y vago (Barcelona, Ediciones Destino, 1942); 2.ª ed. íd., 1956.
La huída del tiempo (Barcelona, Ediciones Destino, 1945).
Viaje a pie (Barcelona, Ediciones Destino, 1949).
Guía de Mallorca, Menorca e Ibiza (Barcelona, Ediciones Destino, 1950); 2.ª ed. ídem, 1962 (6).
Lo infinitamente pequeño (Barcelona, Ediciones Destino, 1954).
Israel en los presentes días (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958).
Viaje a América (Barcelona, Ediciones Destino, 1960).
Cataluña (Barcelona, Ediciones Destino, 1961); 2.ª ed. íd., 1963; 3.ª ed. id., 1966.

Traducciones

Vida de Manolo (contada por él mismo) (Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S. A., Mundo Latino, 1930); 2.ª ed. Barcelona, Ediciones Destino, 1947.

---

(5) En algunas ediciones el título es *Guía de la Costa Brava.*
(6) En la segunda edición el título es *Mallorca, Menorca e Ibiza.*

Rusiñol y su tiempo (Barcelona, Editorial Barna, 1942).
El pintor Joaquín Mir (Barcelona, Ediciones Destino, 1944).
Un señor de Barcelona (Barcelona, Ediciones Destino, 1945); 2.ª ed. íd.
La calle estrecha (Barcelona, Ediciones Destino, 1952).
Cosas del mar y de la Costa Brava (Barcelona, Editorial Juventud, 1957).
Historias del Ampurdán (Barcelona, Editorial Juventud, 1957).
Grandes tipos (Barcelona, Editorial Aedos, 1959).
Cadaqués (Barcelona, Editorial Juventud, 1964).